

## **150 AÑOS DEL TEATRO SOLÍS. APLAUSOS Y SILENCIOS**

Disponer en un espacio público la presentación de una línea de tiempo cuyo eje relevante es la historia del Teatro Solís, constituye sin dudas un ejercicio de manipulación de la memoria y los hechos del pasado.

Y lo es sin dudas. Sin embargo, el objeto de la propuesta, está fundado en la oportunidad de (re)visitar nuestra historia con una mirada desde lo cultural (centrada en el Teatro Solís), y apoyada fundamentalmente en los acontecimientos que consideramos –subjetivamente-, relevantes en lo social, cultural y político, a nivel nacional e internacional.

Una primer mirada que atraviesa estos 150 años, puede brindar al visitante la ilusión de una relativa unidad de criterios estéticos, o cierta idea de progreso o evolución en las propuestas artísticas; pero en realidad, la temporalidad lineal es sólo un recurso didáctico que nos permite ordenar en secuencia los sucesos -estableciendo un pasado, un presente y un futuro- para presentar ordenadamente, las diversas manifestaciones que pasaron por este escenario. Esta característica, deja también en evidencia al Solís como "zona de contacto", donde se han cruzado -y se cruzan- distintas personas, con diferentes intereses, habitus y representaciones del mundo. Hombres y mujeres fueron -y son-, convocados a este recinto para disfrutar, reflexionar y gozar de un concierto, una obra de teatro, un recital, una opera, una zarzuela, un espectáculo de magia, el lanzamiento de una candidatura política, una exposición, una conferencia, un baile de carnaval...

Es que el Teatro Solís pertenece sin duda al paisaje montevideano; es un referente simbólico ineludible para sus ciudadanos, y tiene como público, al decir del Intendente Ricardo Ehrlich, a "*la sociedad entera*". Y Montevideo tiene un largo camino recorrido como centro cultural regional. Con altas y bajas fundamentalmente desde el primer tercio del siglo XX (surgimiento del teatro independiente, creación de elencos estables, profesionalización de estudiantes de teatro, boom editorial, etc.), pasando por la crisis de la dictadura, hasta los resultados de las políticas culturales llevadas adelante por los últimos gobiernos municipales (puesta a punto de infraestructuras edilicias dedicadas a las artes y creación de equipos de gestión cultural profesionales en los mismos), el acento ha sido puesto -en mayor o menor medida- en la creación artística de los talentos nacionales y en la recepción de elencos extranjeros.

En este contexto, que una institución cultural cumpla 150 años, es sin duda un acontecimiento fundante que colabora en el relato identitario. Este presente, constituye un momento bisagra para detener la mirada y explorar nuestra historia, para poder avanzar en la construcción de propuestas culturales y artísticas de calidad, comprometidas y respetuosas de la diversidad cultural, elemento constitutivo de una identidad nacional rica, compleja, heterogénea y plural, tanto, como esos artistas que pasaron por este escenario.

**Daniela Bouret**

La emoción que se siente al ver un espectáculo es algo intransferible. La frase es un lugar común, pero no hay nada más cierto que tal sentencia. Se puede intentar contar lo que allí sucedió, narrar con el mejor de los estilos lo que uno ha visto en determinado escenario, pero todo ello termina siendo tan inútil como pretender explicar un beso.

La emoción es el resultado final de múltiples estímulos y asociaciones, de la que no puede darse mayor testimonio que la felicidad o desdicha de haberlo experimentado. Las posibles pruebas externas que quedan de esa experiencia, pueden reducirse a una fotografía, un programa, los talones de las entradas o una crítica en un diario. Fragmentos que terminan siendo como la vestimenta vacía de alguien que ya no está, pero supo llenar el espacio todo con su presencia.

Cuando se intenta multiplicar esa idea a través del tiempo, tratando de condensar todo lo que durante 150 años fue continente y contenido de un teatro, la tarea no puede ser más motivadora e imposible a la vez. Si las paredes hablaran -para continuar con los lugares comunes- dirían tantas cosas que acaso quedáramos aturridos con tal cantidad de historias y palabras. Una de las opciones posibles, al abordar la curaduría de una exposición que intente ilustrar de alguna manera los 150 años del Teatro Solís de Montevideo, sería la acumulación de todo tipo de información existente y disponible en

desiguales archivos, con leves jerarquizaciones y descansos, a manera de un obsesivo entomólogo.

Por más de una razón, ese no ha sido el camino escogido aquí. Sí se ha confiado en otro, para el cual debemos imaginar que todas esas infinitas capas de información se han ido acumulando, y convivan silenciosamente en un pedazo de madera que sostuvo el escenario del teatro desde un comienzo. De manera diferente pero no menos probable. Seguramente, con ojos y oídos atentos, ese fragmento de escenario puede contarnos tantas historias del teatro como el folio más extenso y dedicado. Como en un susurro, se han condensado también allí todos los aplausos, las melodías, los nervios, los gritos, las risas, los llantos, los bailes, los fracasos y los bravo.

No se puede contar otra vez, pero sí imaginar lo que ya ha sido contado. A través de un vestuario, un afiche, la hoja de un programa, un instrumento roto, unas zapatillas usadas de ballet, la maqueta de una escenografía pensada. Fragmentos que, por separado, han ido perdiendo vida y ya casi no son nada, pero que juntos comienzan a hablarnos, y una vez que comienzan, no paran. No deja de ser paradójico e ilustrativo que uno de los objetos más antiguos que conserva el Teatro sea un pañuelo. Obsequio confeccionado seguramente por manos de mujer, con una imagen de la fachada del teatro bordada en el mismo, entregado el día de la inauguración a la esposa de un Presidente. Símbolo de todas las lágrimas de emoción que allí se contuvieron. Explicitadas o calladas. De tristeza y alegría, entre aplausos y silencios.

**Fidel Sclavo**